

ESTAS MORDEDURAS

Estas Mordeduras

Antología de Prosa Poética y Minificción

Selección de Sylvia A. Zéleny

ESTAS MORDEDURAS

Taller realizado en
El Museo Museo Universitario del Chopo
junio de 2020

"I am so used to it by now
that when the traffic falls silent,
I think a storm is coming."
— Lydia Davis

ESTAS MORDEDURAS

Prosas poéticas

Obra negra

Diana Campos

Tengo miedo de buscar a mi madre. En otra tiempo sé que esto no hubiera pasado. No responderá pronto.

A veces siento que hablar de mí con ella es cruzar un río y un desierto. Es volvernos polvo y aljibe. Es volver. Y ella no volvió.

Entre ella y yo hay montañas, desiertos, ríos, bosques, niebla, nieve, mares, muros.

Sé que cuando le pregunte habrá silencios y tal vez risas. Risas insoportables.

Pensar en mi nacimiento es pensar en ella. Pensarnos. Es dar vueltas en torno a su voz, su rostro, sus gestos. A todo lo que un día fuimos. A lo que intentamos construir y se quedó en obra negra.

Dejo pasar algunos días antes de llamarle o de escribirle. Me hundo en la oscuridad de la habitación y enciendo el celular. Busco su nombre en WhatsApp pero me detengo. Sólo contemplo la pantalla. Me siento abrumada y temerosa. Qué le voy a preguntar:

¿Realmente me querías tener? ¿Qué pensabas de mí mientras estaba en tu vientre?

Tal vez pensaba: *¿y ahora que voy a hacer quien me las va cuidar y yo trabajando?*

Cómo te imaginabas que iba ser ... ¿soy eso que imaginaste? ¿Ya querías que naciera?

No sé si quiero saber. Le lanzo estas preguntas como piedritas a un lago y no sé serán como ondas expansivas. Si removerán algo dentro de ella o apenas la tocarán y a mí me atravesarán.

Contradicciones

Montserrat Flores

Estas son las semillas del movimiento, para avanzar un pie está adelante, mientras el otro, en un efecto contrario empuja hacia el otro lado.

Crecientes dentro de mí:

Soy la fuerza de mi abuela, y el llanto de esta.

Soy el grito de mi madre y la calma de su vientre.

Soy el poder de mis raíces y la fragilidad de mis hojas.

Soy todo al mismo tiempo.

Bolita

Lolbé González

Boleado se llama al ejercicio preescolar de proporcionar volumen y forma esférica a un material plano. A partir de esta práctica los niños aprenden a manipular y reconocer las formas tridimensionales. El tacto advierte la presencia, no hay necesidad de mirar.

Una canica hecha de un material misterioso adentro del seno puede no ser nada, por supuesto. Pero también puede ser tic-tac recordatorio/advertencia/amenaza /pregunta. Puede ser la falsa coral que posee los colores, no el veneno.

Solo un ojo experto puede distinguir. El miedo limita las posibilidades de precisión. Seguro que no es nada, pero mejor no le digas a tu madre. Dile, sí, a tu mejor amiga. No temas. Ve al doctor, tómalo en serio. No le des demasiada importancia. Saca una cita, paga los estudios, espera en el sofá con el teléfono a la mano. Pero no prestes demasiada atención. La preocupación afecta el sistema inmune ¿no lo sabías? Una bolita es inofensiva excepto si está adentro del cuerpo.

ESTAS MORDEDURAS

Hasta nunca

Geraldine Juárez

Ahora me sugiere que *apuntale* mi existencia cuando lo único que puedo hacer es apantallarla. El otro día me ofreció una *vaca* cuando sabe bien que lo que yo necesito es una beca. No es la primera vez que lo hace, siempre escribe *duck* en vez de fuck. Disfrazar groserías de animales es de cobardes. Aventé mi teléfono por la ventaja ventalla ventana.

Fugitivas

Las palabras se me caen al piso como si fueran gotas. *Rain*. Mientras seco las palabras que se me mojaron, otras comenzaron a escurrirse como chorro de patio recién lavado. *Strömma*. Necesito mezclar unas palabras con limón para que la luna las congele. *Escarcha*. Cerré los ojos y chupé despacio la paleta de limón. Por fin, las palabras se derritieron de nuevo en mi lengua. Mmmmm, *lecker*.

La mordedura

Oliver Muciño

Un ave atrapada en el paisaje o una estrella apagándose en las cenizas del mundo. El sol de las cinco de la mañana desangrándose sobre la tierra y sobre nosotros. Una sombra cansada de perseguir o un pulso en el espejo desmoronándose en latidos cristalinos. ¿Cómo conocer a un hombre en el silencio?

¿A qué suena una flor brotando de la tierra? Un destello en el pensamiento o un pozo de aguas negras acariciando la lengua. Un rocío de sangre sobre una tierra sin sed, igual que una semilla sembrada en la piedra. Un alma de mármol tallada por la pena, buscando asilo en la cantera.

Nada llenará los espacios de las cosas muertas. Tras un disparo de neblina mordiendo la noche, a la hora del corazón menguante, ¿qué nos quedará para vivir?

Crujido de medianoche

Laura Sofía Rivero

En la esquina, un rasguño que es apenas. Una pregunta incesante. Ese ruido será un gato que ha perdido la calma una vez más. Será la impaciencia hidráulica de nuestra tubería, la magia imperceptible del desagüe. Será, acaso, la malicia golosa de un ratón que busca y busca y busca su sustento en mi despensa. Será el viento caprichoso arrastrando sus dedos a esta hora. Será un fantasma sollozando en una casa que ya no le parece suya. Ese ruido será el pasar del tiempo. Será el que nunca duerme, el crujido de la existencia.

Fragilidad

Elba Saotome

Hoy está apacible. De vez en vez caen ligeras rocas que rebotan en el techo, nada que la perturbe lo suficiente. Camino entre sus pasillos lentamente para no hacer ruido, no quiero despertar a la memoria. Tu aroma me obliga, inunda la casa. Tan afianzada tu esencia vino a definir mi existencia que el cemento de tu recuerdo no me nace destruirlo. En cada cuarto que miro se repite un fragmento en retrospectiva que evoca nuestra tristeza, en el ático reposan las ilusiones de lo que nunca fuimos, en la sala comemos apaciblemente y en el baño te peinas frente al espejo mientras te escucho decir:

¿Qué sientes por mí?

No preguntes eso, tus ojos mantienen cautiva mi respuesta. Si te hubiera dicho la verdad no estaría ahora en esta casa vacía. Me siento en la sala donde discutimos por última vez y enciendo un cigarrillo, apenas una exhalación después lo dejo reposar en el sillón. Me armo de valor y bajo al sótano. Ahí está, la caja con tu nombre. La habitación se llena de humo, escucho unos chasquidos, un crepitar que rompe los vidrios; mi vista se nubla, mis ojos se cierran y te miro, como si el tiempo jamás hubiera transcurrido. El calor aumenta y arde en la punta de mis dedos, de mi piel, de mi alma y mi voluntad se rinde. La caja brilla con un "Te amo" que reposa en su interior mientras se desvanece entre las llamas, sonrío y caigo asfixiado en medio de espesas nubes, que se llevan al fin mi sufrimiento.

ESTAS MORDEDURAS

En una tarde cualquiera

Karla K. Sotelo

Digamos que esta figura tendida al suelo es una representación un territorio que se difumina con el paso del tiempo Digamos que somos piezas que vamos recogiendo en el camino que nos configuran y se caen en un descuido en una mala racha Digamos que ciertas calles ciertas casas nos causan un dolor ajeno Que el silencio y la soledad son armas para el órgano roto que habita en el centro del pecho Que nombrar desde la ausencia el vacío es una manera de vivir lo terriblemente hermoso de un cuerpo enfermo

Eccema

Lorena Valdivieso

Mis pensamientos se arrastraron como larvas en mi cuerpo. De pronto algunas se detuvieron en mi pecho para comerme los pezones. Acabaron con ellos. Las larvas avanzaron hasta mis muslos. Se agruparon de nuevo. Andaba por la vida con partes de piel viva. Con carne viva. Roja.

Un día noté en mis lagrimales un par de puntos blancos. Eran huevecillos. Quise deshacerme de ellos tallándome los ojos. Los puntos blancos reventaron como granos. Brotaron larvas sin cesar. Avanzaban y dejaban rastro, las personas que me veían pensaban que estaba llorando. Me dejaba consolar sin aclarar nada. ¿Qué podría decirles? ¿Que las larvas me estaban comiendo viva?

Otros se preocuparon cuando las larvas llegaron a mi cuello. Solo unas cuantas comenzaron a ocultarse entre los pliegues, comían con timidez. Me tallaba los ojos y luego me rascaba el cuello. Una vez que las larvas salieron de mi cabeza y avanzaron me di cuenta que sería invadida. La resignación llegó en forma de comezón, solo me quedaba rascarme con mis propias uñas.

La estancia

Uriel Velasco

Libros apilados de maneras no lineales de ancho a delgado de trascendentales a insignificantes suelen ser el límite entre el gran salón y la cama donde moriremos.

Cada mañana, los instintos tajantes del miembro al ser desbocado, pintando una sola imagen un solo recuerdo: el color, el grosor, el olor, la sombra que marcaba sobre la entrepierna...

Recuerdo que no lo amaba, pero era lo que necesitaba. El parloteo viril que me recordara el dolor y la pena del infierno al que llegaría, en ese momento simplemente adelanté la estancia.

Minificciones

Momento decisivo

Alejandra Aragón

Estación Sevilla. Multitud abarrotada. El tubo parece lejano, se escurre. Una mano encima de otra. No logro sostenerme. Lo pierdo.

-Puedes agarrarte de mi brazo.

El brazo. Enorme, jugoso. Vi el brillo de su sudor evaporarse, concentrarse en el aire, transitar aislado de los humores de los otros cuerpos, introducirse en mis fosas nasales, adherirse a mis terminaciones nerviosas, llegar al hipotálamo, viajar con velocidad eléctrica y descargar toda su energía húmeda entre mis piernas.

-No gracias.

Sus ojos me encontraron, quería decir que sí, pero la lucha por no repetir la lejana historia de amor de mi madre ganó la batalla.

Extravío

Marcelino Cajero

Imagínate a un chavito de unos diez años y a sus hermanastras de ocho y seis. Su traspatio colinda con el cementerio más viejo de Xalapa. La noche los concita a imaginar que los muertos se meten para hacer todo el ruido posible, o imposible.

La promesa diaria de mamá, ¡esta noche sí llego temprano!, nunca la cumple. Entonces Beto inventa programas de radio: en su cabeza nacen cantantes, entrevistas y concursos infantiles que transmite desde su emisora de hermano mayor, tal vez así vence por un rato a la soledad.

Una noche, mientras presenta a La Rana Sabia, en Radio futura, unos ruidos se cuelan en la cabina que ha improvisado con cobijas. Una sombra que la luz de la calle delata aparece estirándose hasta el corredor que lleva a Radio Futura. Beto se da cuenta de ella y sus ojos se abren tanto como su boca para gritarle que se vaya, pero su garganta se contrae y no le sale más que un hilito de voz, abraza a las niñas y se encomiendan juntos al dios tiempo.

Ahora imagínate que una madrugada de noviembre, un hombre camina, o vuela, vestido a medias de una realidad narcotizada, voltea a su izquierda y ve una casa abandonada. Se acerca para mirar a través de la ventana, pero incontables años han opacado sin remedio el cristal; la penumbra que habita le permite adivinar unas paredes invadidas por la humedad y los recuerdos. Saca de su chamarra sus llaves y decide abrir la puerta de lámina acanalada. Tuerce y tuerce el cerrojo con una y otra llave y no logra más que hundir los ángulos del cobre afilado en su piel enrojecida.

ESTAS MORDEDURAS

Luego de veinte minutos sus dedos están lacerados y entumidos por el frío que arrecia y que astilla sus huesos. Un rosario de lágrimas escurre por sus mejillas y le bordea una sonrisa que ni el dolor puede borrarle. Jala aire y abandona su tarea, camina cuesta abajo del camposanto y se pierde en el horizonte de semáforos que parpadean de amarillo y aceras que huyen hasta encontrar a otro noctámbulo.

Las manos de una persona siempre dicen mucho, fíjate en las de Beto.

Pandemia

César Calderón

Las casas parecen vacías, no hay luces, pero se oyen a los perros ladrar dentro de ellas. No se escuchan las risas, ni las voces de mis amigos de la calle gritar - ¡coche! - tampoco suenan los rayos de las ruedas de las bicicletas girar. En esa casa de la esquina, la que tiene un balcón de piedra rosada no es la más grande, pero ahí fue donde nos dormimos toda una noche en la cochera para ver las estrellas. Ahí vivía Edgar. Ahora parece estar vacía, él ahora trabaja en Chicago como mecánico automotriz, no tiene papeles, hace mucho que no viene a ver su familia. Doy pasos largos por la subida empedrada de cantera, cuando nadie me ve, me gusta imitar a mi padre y recordar la sensación de que lo podía alcanzar cuando caminaba a su lado, ahora la bajada se siente más prolongada que cuando me mandan a comprar tortillas; y al otro extremo de la calle donde está mi casa, la esquina está desierta. Acá en Zacatecas el viento sopla frío. La colonia parece estar habitada por fantasmas. Toda la ciudad se siente igual. Camino en la oscuridad y escucho la enormidad del silencio. Hay vida y olor a miedo a la muerte en el resguardo.

Cuarentena

Valeria Castelán

A las dos de la tarde cada día se escucha *¡amiga! ¡amiga!* hasta que sale la amiga con un juguete. Lo pasan entre los huecos de la reja. Así juegan, paradas una enfrente de la otra. La reja se derrite con las risas de las niñas. Se transforma en escalera, cabina, banco, auto, televisión, escuela, árbol y quién sabe cuánto más murmuran bajo el sol. Sus vocecitas retumban por las paredes de las casas, bailando con el suspiro que abraza la nostalgia del ayer.

¡Amiga!... ¡amigaaa! ¿por qué no vienes a jugar?

Bandera a Cuadros

Ricardo López

No tengo sueño, solo quiero jugar. Salto de la cama, prendo la luz y tomo los carritos. Quito la alfombra y ahí en el suelo, hecha con cinta, catorce curvas, una recta larga y pasando el Foro Sol, la línea de meta...

¡Bandera blanca! Schumacher y Senna cara a cara por la recta principal, Senna tiene la curva uno, trae a Schumi en el retrovisor mostrándole el auto, pasan por las "eses", llegan a la peraltada, entran parejos a la recta principal ¡Schumacher hace su maniobra y ...!

"¿Qué haces chamaco? Ya es muy noche".

"Juego con la pista que me hiciste pá, creí que estaban dormidos".

"Me acabo de subir, estaba en el despacho".

"No he podido dormir, no me llega el sueño".

"Vamos a jugar un rato, ¿Cómo te fue hoy en la escuela?"

"Bien, me enseñaron el teorema de Pitágoras".

"¿Sabes para qué sirve?"

"No".

"Ven, te explico".

ESTAS MORDEDURAS

Saca su libreta y la pluma fuente que siempre trae en el bolsillo del pantalón. Parece que hablamos horas de trigonometría y le escucho fascinado. Al final me levanta del suelo y me abraza. Mi cabeza se acomoda en su panza, es muy cómoda y calientita. Me siento seguro y cierro los ojos, lo abrazo. Huele a CK One combinado con tinta de su pluma fuente y polvo del proyecto en obra negra.

“No te vayas pá, un rato más”.

“No puedo, ya es tarde”.

Me cubre con las cobijas y me besa en la frente.

“Ahí nos vemos chamaco, descansa, te amo”.

Se cierra la puerta.

Despierto agitado y empapado en sudor, la transmisión del gran premio está en la TV; igual que un rayo de luz, una ola de recuerdos invade mi mente, reviso el celular, 29 de mayo, me paso la mano por el rostro y siento la barba, solo han pasado ocho meses.

Valor

Martín Sebastián Nierez Arfil

Aquel diente de oro era su última posesión.

La única que le quedaba.

Sacó un cigarrillo, lo encendió y contempló con desgano el horizonte.

En cada pitada se recortaba un círculo de luz cálida sobre su cara acongojada.

Por encima del auto, mal aparcado, pequeñas nubes en cadena corrían justo por detrás de las montañas.

Sobre la acera del mall, una niña solitaria jugaba enfundada en su traje de hada. Por un segundo conectaron. Ella le apuntó con su varita mágica. Él le devolvió una sonrisa de las que mueren sin dar a luz.

Chequeó su muñeca. Alguien había volteado el letrero.

Estaba abierto.

Tiró el cigarrillo al suelo mientras dejaba escapar un último suspiro.

Había llegado la hora.

Seguramente perdiera algo más que su sonrisa.

Quizás lo poco que le quedaba de dignidad.

Polvo

Lizbeth Peña

Soñé a mi padre. En el desolado paisaje que cruzó ilegalmente. Partículas diminutas de tierra seca quedaban en nuestros cuerpos. Él tenía 30 años menos, pero era el mismo, bigote ligero, respetuoso, de pocas palabras. Yo conservaba mi edad, ya no era la niña que duda cuando ve a su padre, por única vez, al terminar la escuela primaria. Ya no tenía preguntas, era yo la que callaba.

Carmesí

Daniela Ruelas

Hay una señora sentada en una silla de ruedas. Los dedos de sus pies, apapachados de artritis, me miran con recelo. Ha de envidiar que yo sí puedo pararme cuando quiera.

Intento sólo mirarla de reojo y no puedo. Está sentada muy de frente, así que alzo el mentón hacia ella para encararnos bien. Trae pintados sus labios con el mismo tono que uso yo, la igualada.

Logro darle la espalda con un resuello. La silla no se mueve ni poquito; no me importa, ella anda muy alzada copiándome en todo y hay que ponerle un hastaquí.

Meto la mano a la bolsa y toco cada objeto con premura: Vaporub, abanico, crema de manos, galletas María, Kleenex, un camioncito, hasta que por fin cierro el puño en el labial que estoy buscando. Decido enfrentarla al momento: de dónde sacó ese color que trae puesto si es el mío. Ella también tiene unas cejas que serpentean en son de molestia.

Quiero gritarle sus verdades cuando veo que mi hijo se acerca.

Ella no lo ve, pues le da la espalda, pero hace cara de inocente asustada. Nos miramos con sospecha. Esto no se queda así; vamos a hablar cuando se vaya la visita. Que al cabo ella ni tiene quién la venga a ver.

Mi hijo está a tres baldosas; aminora el paso; se acerca con cautela. Veo que le da gusto verme, pero es a ella a quien va a abrazar de espaldas.

Traidor.

Estoy a punto de tirarle la bolsa cuando siento sus manos en mis hombros. La señora de la silla de ruedas se sorprende al tiempo que el bigote de mi hijo se acerca a darle un beso.

Ambas contraemos los hombros en asombro.

Él me pregunta cómo estoy y si quiero moverme de aquel lugar frente al espejo.

Copia de la copia

Sofía Téllez

Una caja que ha viajado por siete mudanzas con la leyenda “no es necesario abrir” se abre. Dentro de ella, hojas de papel amarillento con las esquinas dobladas cuentan historias independientes de las de los textos que tienen impresos. Su marginalia abarca nombres escritos en corazones, definiciones de palabras investigadas y signos de interrogación junto a argumentos intrincados.

Algunas de las copias se colocan en una pila en el piso. El modus poniendo tollens, las teorías de conjuntos y los ensayos de Willard Van Orman Quine tienen taches, caritas tristes y WTFs desperdigados por todos los párrafos. Lo más probable es que estas lecturas de a diez centavos la copia nunca vuelvan a ser estudiadas. Pronto compartirán morada con las cáscaras de plátano y el papel de baño usado.

Otras hojas se colocan en una segunda pila: el Fedón, la Apología, el Hippias Mayor. Fragmentos de Si esto es un hombre y Los sueños y el tiempo. Llevan manchas de humedad que podrían ser cualquier cosa: café con leche, agua, sudor. Fueron leídas tantas veces como fueron disfrutadas y, aunque han perdido fragmentos con el paso de los años, todavía se pueden diferenciar las palabras si se hace un esfuerzo con la memoria y los ojos entrecerrados.

Estos textos, así fueran completamente ilegibles, seguirían conservados dentro de su ataúd de cartón y cinta canela, siempre en espera de que su dueña ignore la leyenda “no es necesario abrir” cuando le sea necesario recordar.